



V.

NECESITABA doce mil pesetas, pues de otro modo no volvería á ver más á la señora de Arnoux; y hasta el presente le había quedado una esperanza invencible. ¿No componía ella como la sustancia de su corazón, el fondo mismo de su vida? Permaneció durante algunos minutos vacilante en la acera, muriéndose de angustia, feliz, sin embargo, con no estar en casa de la otra.

¿Dónde encontrar dinero? Federico sabía por experiencia cuán difícil es obtenerlo en el momento, á cualquier precio. Una sola persona podía ayudarle, la señora de Dambreuse, que siem-

pre conservaba en su escritorio muchos billetes de banco, y fué á su casa, diciéndole con tono atrevido:

—¿Tienes doce mil pesetas que prestarme?

—¿Para qué?

Era el secreto de otro, ella quería conocerlo, él no cedió; los dos se obstinaron; por fin, ella declaró que no daba nada antes de saber el objeto. Federico se puso rojo. Uno de sus camaradas había cometido un robo; la suma ha de ser restituida hoy mismo.

—¿Cómo se llama? su nombre; veamos, su nombre.

—Dussardier.

Y se arrojó de rodillas suplicándola que no dijera nada.

—¿Qué idea tienes de mí?—contestó la señora de Dambreuse.—Cualquiera creería que eres tú el culpable. Acaba con esos aires trágicos. Toma, ahí los tienes y que le aprovechen.

Corrió á casa de Arnoux. El comerciante no estaba en su tienda; pero continuaba viviendo en la calle Paraiso, porque poseía dos domicilios.

En la calle Paraiso, el portero le juró que Arnoux se hallaba ausente desde la víspera; en cuanto á la señora no se atrevía á decir; y Federico subió la escalera como una flecha y pegó el oído á la cerradura. Por fin abrieron. La señora se

había marchado con el señor. La criada ignoraba cuando volverían, sus salarios estaban pagados y ella también se iba.

De repente se oyó el crujir de una puerta.

—Pero ¿hay alguien?

—¡Oh! no, señor, es el viento.

Entonces se retiró. Una desaparición tan rápida tenía algo de inexplicable. Regimbart, que era el íntimo de Mignot; podría quizás aclararlo. Y Federico hizo que le llevaran á su casa, en Montmartre, calle del Emperador.

Su casa se hallaba rodeada por un jardincillo, cerrado por una verja, cuya entrada estaba guarnecida de planchas de hierro. Una escalera de tres peldaños en la blanca fachada, y desde la acera se veían las dos piezas del piso bajo, la primera el salón con vestidos sobre todos los muebles, y la segunda el taller donde trabajaban las oficialas de la señora Regimbart.

Todas vivían persuadidas de que el señor tenía grandes ocupaciones, grandes relaciones, que era un hombre enteramente excepcional. Cuando atravesaba el corredor, con su sombrero de alas abarquilladas, su cara larga y seria y su levita verde, interrumpían su labor. Además, no dejaba él de dirigirles siempre alguna frase de estímulo, alguna galantería en forma de sentencia, y luego en sus casas se sentían desgraciadas, porque le miraban como su ideal.

Ninguna, sin embargo, le amaba como la señora Regimbart, personita inteligente que le mantenía con su oficio.

En cuanto el Sr. Moreau dijo su nombre, vino enseguida á recibirle, sabiendo por los criados lo que era para la señora de Dambreuse. Su marido «volvía al instante,» y Federico al seguirla, admiró el aspecto de la casa y la profusión de encerados que allí se veía. Esperó algunos minutos, en una especie de escritorio, donde el ciudadano se retiraba para pensar.

Su acogida fué menos áspera que de costumbre. Contó la historia de Arnoux. El exfabricante de porcelanas había enredado á Mignot, un patriota, poseedor de cien acciones del *Siècle*, demostrándole que era preciso, bajo el punto de vista democrático, cambiar la gerencia y la redacción del periódico; y con pretexto de hacer triunfar su opinión en la próxima junta de accionistas, le había pedido cincuenta acciones, diciendo que las pasaría á amigos seguros, que apoyarían su voto; Mignot no tendría ninguna responsabilidad, no se incomodaría con nadie; y una vez obtenido el éxito, le proporcionaría una buena plaza en la administración de cinco ó seis mil pesetas por lo menos. Las acciones fueron entregadas; pero Arnoux, las vendió inmediatamente, y con el dinero, se asoció á un comerciante de objetos religiosos. Vinieron las

reclamaciones de Mignot, entretenimientos de Arnoux; hasta que el patriota le amenazó con una demanda de estafa, si no restituía los títulos ó la suma equivalente: cincuenta mil pesetas. Federico se manifestó desesperado.

—No es esto todo—dijo el ciudadano—Mignot, que es un hombre excelente, redujo á la cuarta parte. Nuevas promesas del otro, nuevas farsas naturalmente. En resumen, anteayer por la mañana, Mignot le ha exigido que en término de veinticuatro horas le devolviera doce mil pesetas, sin perjuicio del resto.

—Pues yo las tengo—dijo Federico.

—¡Bromista!

—Perdone usted; están en mi bolsillo, las traigo.

—¡Qué de prisa va usted, pardiez! Pero ya no es tiempo, la demanda se ha presentado y Arnoux se marchó.

—¿Sólo?

—No; con su mujer. Les han encontrado en la estación del Havre.

Federico palideció extraordinariamente, le señora de Regimbart creyó que iba á perder conocimiento. Se contuvo y hasta tuvo fuerzas para dirigir dos ó tres preguntas sobre la aventura. Regimbart se entristeció con ella, puesto que en suma, todo aquello perjudicaba á la democracia.

Arnoux había sido siempre desordenado é informal.

—Una verdadera cabeza de chorlito. Quemaba sus fuegos por todos lados. El cotillón le ha perdido. No le compadezco, pero sí á su mujer; porque el ciudadano admiraba á las mujeres virtuosas, y guardaba gran estimación á la de Arnoux. «Ha debido sufrir lindamente.»

Federico le agradeció aquea simpatía, y como si con ella hubiera recibido un favor, le estrechó la mano con efusión.

—¿Has dado todos los pasos necesarios?—le dijo Rosanette cuando volvió.

No se había sentido con valor, contestó, y había andado á la aventura por las calles para aturdirse.

A las ocho pasaron al comedor, pero permanecieron silenciosos el uno enfrente del otro, lanzando á intervalos un proiongado suspiro, y devolvían el plato. Federico bebió aguardiente; sentíase destrozado, aplastado, aniquilado, no teniendo conciencia de nada sino una fatiga extremada.

Fué ella á buscar el retrato. El rojo, el amarillo, el verde y el añil se mezclaban con manchas violetas, formando una cosa repugnante, casi irrisoria.

Además, el muertecito estaba desconocido

entonces. El tono violado de sus labios aumentaba la blancura de su piel; las narices parecían aún más delgadas, los ojos más hundidos, y su cabeza descansaba sobre una almohada de tafetán azul, entre pétalos de camelias, rosas de otoño y violetas; idea de su doncella, y así le habían arreglado ambas devotamente. Sobre la chimenea, cubierta con una mantilla de encaje, había dos candelabros de plata sobredorada y entre ellos ramos de box benditos; en los rincones, en dos vasos, ardían perfumes; todo aquello constituía con la cuna una especie de altar; y Federico se acordó de su velada cerca del señor Dambreuse.

Cada cuarto de hora, próximamente, Rosanette abría las cortinas para contemplar á su hijo, figurándosele algunos meses más adelante empezando á andar, después en el patio del colegio jugando á las barras; luego, á los veinte años, jóven; y todas aquellas imágenes, que se creaba, le parecían otros tantos hijos perdidos, multiplicaba su maternidad por el exceso del dolor.

Federico, inmóvil, en la otra butaca, pensaba en la señora de Arnoux. Iba por el tren, sin duda; con la cara en los cristales del vagón, y mirando al campo que dejaba detrás por el lado de París, ó en el puente de su vapor, como la primera vez que la encontró; pero éste se aleja-

ba definitivamente hacía países de que ya no volvería.

Después veíala en el cuarto de una fonda, con los baules en el suelo, el papel de las paredes en girones, la puerta movida por el viento. ¿Y luego? ¿qué sería de ella? Institutriz, señora de compañía, doncella quizás; entregada á todos los azares de las miserias. Aquella ignorancia de su suerte le torturaba, hubiera debido oponerse á su huida y partir detrás. ¿No era él su verdadero esposo? Y al pensar que ya no la encontraría jamás, que aquello concluyó definitivamente, que la había perdido irrevocablemente, sentía desgarrarse todo su ser, y se desbordaron sus lágrimas acumuladas desde la mañana.

Rosanette se apercibió.

—¿Lloras como yo? ¿Tienes pesar?

—¡Ah, sí, lo tengo!..

Y la estrechó sobre su corazón, sollozando ambos así abrazados.

La señora de Dambreuse también lloraba, acostada en su cama boca abajo y con la cabeza entre las manos.

Olimpia Regimbart había venido aquella noche á probarla su primer traje de color, le había contado la visita de Federico, y hasta que tenía dispuestas doce mil pesetas con destino al Sr. Arnoux.

—¡Así, aquel dinero, su dinero, era para impedir la marcha de la otra, para conservarse una amante!

Primero sintió un acceso de rabia, y resolvió arrojarle como un lacayo. Abundantes lágrimas la calmaron; valía más guardárselo todo, no decir nada.

Federico al día siguiente trajo las doce mil pesetas. Rogóle ella que las retuviera si las necesitaba para su amigo, y le preguntó mucho acerca de aquel caballero. ¿Quién le había impulsado á un tal abuso de confianza? Una mujer indudablemente; las mujeres os arrastran á todos los crímenes.

Aquel tono de sarcasmo, descompuso á Federico, que experimentó un gran remordimiento por su calumnia. Lo que le tranquilizaba era que la señora de Dambreuse no podía conocer la verdad. Ella fué terca, sin embargo, en el asunto, volvió á informarse de su camaradita, y después de otro, de Deslauriers.

—¿Es hombre seguro é inteligente?

Federico le elogió.

—Ruégale que se pase por mi casa una de estas mañanas; desearía consultarle para un negocio.

Había encontrado un rollo de papeles que contenían los pagarés de Arnoux perfectamente protestados y en los cuales aparecía puesta la

firma de la señora. Eran aquellos que motivaron la visita de Federico en cierta ocasión al señor Dambreuse, á la hora del almuerzo; y aunque el capitalista no quiso perseguir el reembolso, hizo que el tribunal de comercio, no sólo condenara á Arnoux, sino á su mujer, que lo ignoraba, porque su marido no había juzgado conveniente advertírselo.

Aquella era un arma, no tenía duda la señora de Dambreuse. Pero su notario quizás le aconsejara la abstención; prefería alguien oscuro, y se acordó de aquel pobre diablo, de cara imprudente, que le había ofrecido sus servicios.

Federico cumplió cándidamente su encargo. El abogado quedó encantado por entrar en relaciones con señora tan principal, y acudió.

Anuncióle que la sucesión pertenecía á su sobrina, motivo de más para liquidar aquellos créditos que reembolsaría, deseando confundir á los esposos Martinon con los mejores procedimientos.

Deslauriers comprendió que allí se ocultaba un misterio, y reflexionaba al mirar los pagarés. El nombre de la señora de Arnoux, por ella misma trazado, le puso ante su vista toda su persona y el ultraje que de ella recibiera. Puesto que la venganza se presentaba, ¿por qué no ejercerla?

Aconsejó, pues, á la señora de Dambreuse

que hiciera vender en subasta los créditos desesperados que dependían de la sucesión. Un testafarro los compraría bajo cuerda y ejecutaría los embargos. El se encargaba de proporcionar aquel hombre.

Hacia fines del mes de Noviembre, Federico pasaba por la calle de la señora de Arnoux, alzó la vista hacia sus ventanas y percibió un anuncio contra la puerta en que se leía: «Venta de un rico mobiliario, consistente en batería de cocina, ropa de cuerpo y mesa, camisas, encajes, enaguas, pantalones, cachemiras francesas y de la India, piano de Erard, dos baules de roble Renacimiento, lunas de Venecia, cacharros de la China y el Japón.»

—¡Es su mobiliario!—se dijo Federico; y el portero confirmó sus sospechas. En cuanto á la persona que disponía la venta, lo ignoraba; pero el letrado Berthelot daría quizás aclaraciones.

El oficial ministril no quiso al principio decir qué acreedor perseguía la venta y Federico insistió. Era un señor Sénácal, agente de negocios; y Berthelot llevó su complacencia hasta prestar su periódico *Los pequeños anuncios*.

Federico, al llegar á casa de Rosanette, lo tiró abierto sobre la mesa.

Lee.

—Bien y qué?—dijo con fisonomía tan placida que Federico se exasperó.

—Déjate de fingimientos.

—No te comprendo.

—¿Eres tú la que haces vender el mobiliario de la señora de Arnoux?

Volvió ella á leer el anuncio.

—¿Dónde está su nombre?

—Es su mobiliario, repito, y lo sabes mejor que yo.

—¿Qué me importa todo eso?—dijo Rosanette encogiéndose de hombros.

—¿Lo que te importa? Que te vengas, nada más. Este es el resultado de tus persecuciones. ¿No la has ultrajado hasta el punto de ir á su casa? Tú, una nadie. ¡La mujer más santa, más encantadora y la mejor! ¿Por qué te encarnizas en arruinarla?

—Te aseguro que te equivocas.

—Vaya, ¿como si no hubieras puesto por delante á Sénecal?

—¡Qué necedad!

Entonces le arrastró el furor.

—Mientes, mientes, miserable, Estás celosa de ella. Posees una condena contra su marido y Sénecal se ha mezclado ya en tus negocios. Detesta á Arnoux y vuestros dos odios se entienden. He visto su alegría cuando ganaste tu proceso del Kaolin, ¿lo negarás esto?

—Te doy mi palabra...

—Conozco bien tu palabra.

Y Federico le recordó sus amantes por sus nombres, con detalles circunstanciados. Rosanette, enteramente pálida, retrocedía.

—¡Eso te asombra! Tú me crefas ciego porque cerraba los ojos. Bastante hay por hoy. Nadie se muere por las traiciones de una mujer de tu especie. Cuando se hacen demasiado monstruosas se separa uno de ellas; sería degradarse el castigarlas

Ella se retorció los brazos.

—Dios mío, ¿quién lo ha cambiado?

—Nadie más que tú misma.

—Y todo esto por la señora de Arnoux...— exclamó llorando Rosanette.

El contestó friamente:

—Jamás he amado sino á ella.

A este insulto sus lágrimas se detuvieron.

—Eso prueba tu buen gusto. Una persona de edad madura, la tez color de regaliz, la cintura maciza, ojos grandes como ventanillos de bodega y como ellos vacíos. Puesto que eso te agrada, vé á reunirte con ella.

—Eso es lo que esperaba, gracias.

Rosanette permaneció inmóvil, estupefacta por aquellas maneras extraordinarias. Dejó hasta que la puerta se cerrara; pero, después, de un salto le cogió en la antesala y rodeándole con sus brazos, le dijo:

—Pero estás loco, estás loco, esto es absurdo;

te amo; y suplicaba: ¡En nombre de nuestro hijito!

—Confiesa que has sido tú la autora del golpe—dijo Federico.

Ella protestó aún de su inocencia.

—¿No quieres confesar?

—No.

—Pues bien; adios y para siempre.

—Escúchame,

Federico se volvió.

—Si me conocieras mejor, sabrías que mi resolución es irrevocable.

—¡Oh, tú volverás á mí!

—¡Jamás!

Y hasta hizo crugir la puerta violentamente.

Rosanette escribió á Deslauriers que tenía necesidad de él inmediatamente. Llegó cinco días después, una noche; y cuando le hubo ella contado su ruptura, dijo:

—¿No es más que eso? ¡Gran desgracia!

Creyó ella al principio que podría llevarle á Federico; pero ya estaba todo perdido. Había sabido, por su portero, su próximo matrimonio con la señora de Dambreuse.

Deslauriers le predicó, se mostró hasta singularmente contento, bromista; y como era demasiado tarde, pidió permiso para pasar la noche en una butaca. A la mañana siguiente, volvió á marcharse á Nogent, advirtiéndole que no

sabía cuándo se verían de nuevo; de allí á poco tal vez ocurriera un gran cambio en su existencia...

Dos horas después de su ida, la villa estaba en revolución. Decíase que Federico iba á casarse con la señora de Dambreuse. En fin, las tres señoritas Auger, no creyéndolo, se trasladaron á casa de la señora Moreau, quien confirmó la noticia con orgullo. El tío Roque se puso malo al saberla. Luisa se encerró, y hasta corrió el rumor de que estaba loca.

Sin embargo, Federico no podía ocultar su tristeza. La señora de Dambreuse para distraerle, sin duda, redobló sus atenciones. Todas las tardes, le paseaba en su carruaje, y una vez que pasaban por la plaza de la Bourse, tuvo la idea de entrar en el hotel de ventas, por entretenerse.

Era el 1.º de Diciembre, el mismo día en que debía verificarse la concierne á la señora de Arnoux. Recordó él la fecha y manifestó su repugnancia, declarando el sitio intolerable, en razón á la muchedumbre y al ruido; ella deseaba dar un vistazo solamente. El cupé se detuvo y fué preciso seguirla.

Veíanse en el patio lavabos sin palanganas; trozos de butacas, cestas viejas, tientos de porcelana, botellas vacías, colchones, y algunos hombres de blusa ó con levitas súcias, entera-

mente grises de polvo, de figura innoble, varios de entre ellos con sacos de lienzo á la espalda, hablaban en distintos grupos ó se llamaban tumultuosamente.

Federico objetó los inconvenientes de ir más allá.

—¡Ah, bahl

Y subieron la escalera.

En la primera sala, á la derecha, algunos caballeros, con un catálogo en la mano, examinaban los cuadros; en otra, se vendía una colección de armas chinas; la señora de Dambreuse quiso bajar. Miraba los números de encima de las puertas, y le llevó hasta el extremo del corredor hacia una pieza llena de gente.

Inmediatamente reconoció él los dos armarios del *Arte Industrial*, su mesa de labor, todos sus muebles.

Encajados en el fondo, por hileras, según tamaño, formaban un gran declive desde el suelo hasta las ventanas; y á los demás lados de la habitación los tapices y las cortinas colgaban derechas á lo largo de las paredes; debajo, había una especie de gradería ocupada por algunos pobres viejos que dormitaban. A la izquierda, estaba un escritorio, donde el comisario, de corbata blanca, blandía suavemente un martillito; un joven escribía á su lado, y más bajo que ellos, un robusto mozo, de pié, mitad comisio-

nista, mitad comerciante de contraseñas, preguntaba los muebles que se vendían. Tres mozos los ponían sobre una mesa que rodeaban, sentados en fila, prenderos y revendedores. La gente circulaba por detrás de ellos.

Cuando Federico entró, las enaguas, los fichús, los pañuelos y hasta las camisas, habían pasado de mano en mano y vuelto á pasar; á veces se tiraban desde lejos, y cosas blancas atravesaban por el aire repentinamente. Luego se vendían sus vestidos, después uno de sus sombreros, cuya pluma rota colgaba, después sus pieles, tres pares de botinas; y la distribución de aquellas reliquias, en que confusamente hallaba las formas de sus miembros, le parecía una atrocidad, como si estuviera viendo cuervos destrozando su cadáver. La atmósfera de la sala, enteramente cargada de alientos, le asfixiaba. La señora de Dambreuse le ofreció su frasco; se divertía mucho, según decía.

Se exhibieron los muebles del cuarto de dormir.

El Sr. Berthelot anunciaba un precio; el pregonero, en seguida, lo repetía más fuerte; y los tres comisarios esperaban tranquilamente el golpe del martillo para llevarse el objeto á una pieza contigua. Así desaparecieron unos tras de otros, el gran tapiz azul sembrado de camelias que sus menudos piés hollaban cuando venía á

recibirle; la pequeña mecedora de tapicería en que se sentaba él cuando estaban solos; las dos pantallas de la chimenea, cuyo marfil se había hecho más suave al contacto de sus manos; una bola de terciopelo, aun erizada de alfileres. Ibanse con aquellas cosas partes de su corazón y la monotonía de las voces mismas, de los mismos gestos, le cansaba, ocasionándole un aturdimiento fúnebre, una desolación verdadera.

Un crujido de seda se oyó á su lado; Rosanette le tocaba. Había tenido noticia de aquella venta por Federico mismo. Pasado su dolor, formó la idea de sacar provecho de allí; venía, pues, á verlo, con un chaleco de raso blanco con botones de perlas, vestido de volantes, muy ceñidos los guantes, con aire de vencedora. El palideció de cólera; ella miró la mujer á quien acompañaba.

La señora de Dambreuse la reconoció, y durante un minuto se contemplaron de arriba abajo, escrupulosamente para descubrir la falta, la tara; envidiando quizás una la juventud de la otra, y ésta despechada por el extremado buen tono, la sencillez aristocrática de su rival. Por fin, la señora de Dambreuse volvió la cabeza con sonrisa de insolencia inexplicable.

El pregonero había abierto un piano ¡su piano! De pie como estaba hizo un acorde con la mano derecha, y anunció el instrumento por

mil doscientas pesetas, después bajó á mil, á ochocientas, á setecientas.

La señora de Dambreuse, con alocado tono, se burlaba de la cosa. Colocaron luego delante de los prenderos un cofrecillo con medallones, con cantoneras y cerraduras de plata, el mismo que había él visto en la primera comida de la calle Choiseul, que después estuvo en casa de Rosanette, y volvió á poder de la señora de Arnoux. Muchas veces, durante sus escursiones, se fijaban en él sus ojos; se hallaba unido á sus más queridos recuerdos, y su alma se deshacía de ternura, cuando de repente dijo la señora de Dambreuse:

—Mira, voy á comprarlo.

—Pues no es muy curioso —contestó Federico

Ella lo encontraba, por el contrario, muy lindo, y el pregonero elogiaba la delicadeza.

—Una alhaja del Renacimiento, ochocientas pesetas señores; casi todo de plata. Con un poco de blanco de España, brillará mucho.

Y como ella se entrara adonde estaba la gente, dijo Federico:

—¡Qué idea más singular!

—¿Te molesta?

—No: ¿pero qué puede hacerse con ese *bibelot*?

—¡Quién sabe! Quizás meter en él cartas amorosas. Con una mirada que hacía más clara la alusión.

—Razón de más para no despojar de sus secretos á los muertos.

—No la creía yo tan muerta. Y añadió distintamente: 880 pesetas.

—Lo que haces no está bien hecho—murmuró Federico.

Ella se reía.

—Pero, querida amiga, es el primer favor que te pido.

—¿Sabes que no serás un marido muy amable?

Alguien acababa de subir la postura; ella levantó la mano: «900 pesetas».

—Novecientas pesetas—repetía Berthelot.

—Novecientas diez.. quince... veinte... treinta...—gritaba el pregonero, recorriendo la concurrencia con la vista, y un movimiento brusco de cabeza.

—Pruébame que mi mujer es razonable—dijo Federico. Y la arrastró suavemente hacia la puerta. El comisario seguía.

—Vamos, vamos, señores, novecientas treinta. ¿Hay comprador por 930?

La señora de Dambreuse, que había llegado al dintel, se detuvo y en voz alta dijo:

—Mil pesetas.

En el público se sintió como un estremecimiento, y el silencio sobrevino.

—¡Mil pesetas, señores, mil pesetas! ¿Nadie

dice nada? ¿nadie? ¡mil pesetas! «Adjudicado.»

El martillo de marfil bajó. Ella dió su tarjeta y le enviaron el cofrecillo, metiéndolo en su manguito. Federico sintió que un gran frío le atravesaba el corazón.

La señora de Dambreuse no había dejado su brazo, y no se atrevió á mirarle de frente hasta la calle donde esperaba su coche. Metióse en él como un ladrón que huye, y cuando se sentó volvióse á Federico, que tenía su sombrero en la mano.

—¿No sube usted?

—No, señora.

Y saludándola friamente, cerró la portezuela y dió la señal de arrancar al cochero.

Al principio experimentó un sentimiento de alegría y de independencia reconquistada; de orgullo por haber vengado á la señora de Arnoux sacrificándole una fortuna. Después se admiró de su acto y un cansancio sumo le aburría.

A la mañana siguiente su criado le contó las novedades. Se había decretado el estado de sitio, la Asamblea disuelta, y una parte de los representantes del pueblo en Mazas. Los negocios públicos le dejaban indiferente, tan preocupado estaba con los suyos.

Escribió á algunos proveedores para dar contraorden en muchos encargos relativos á su ma-

trimonio, que al presente se le presentaba como innoble especulación; aborrecía á la señora de Dambreuse porque había estado á punto de cometer, por su causa, una bajeza. Olvidaba á la Mariscalá, ni aún se inquietaba por la señora de Arnoux, no pensando más que en sí propio, perdido en las ruinas de sus sueños, enfermo, lleno de dolor y desaliento, y su odio al ficticio medio en que había sufrido tanto, anheló la frescura de la yerba, el reposo de la provincia, una vida soñolienta pasada á la sombra del techo natal con corazones inocentes. El miércoles por la noche salió, por fin.

Grupos numerosos ocupaban el bulevar. De cuándo en cuándo una patrulla los disolvía; pero detrás de ella volvían á formarse. Hablaban libremente, vociferábanse contra la tropa gracias é injurias, y nada más.

—¡Cómo! ¿es que la gente no se bate?—dijo Federico á un obrero.

El hombre de blusa contestó:

—No somos tan brutos para hacernos matar por los burgueses. Que ellos se arreglen.

Y un caballero gruñó, sonriendo de través al arrabalero:

—¡Canallas de socialistas! Si pudieran exterminarse esta vez!

Federico no comprendió nada de tanto rencor y tanta tontería. Su disgusto por París au-

mentó; y á los dos días se marchó á Nogent en el primer tren.

Pronto desaparecieron las casas, se ensanchó el campo. Solo en su coche, con los pies en el asiento, rumiaba los acontecimientos de los últimos días, todo su pasado, trayéndole el recuerdo de Luisa.

—¡Esa me amaba, esa! He hecho mal en no aprovechar esa dicha. ¡Bah! no pensemos más en ella. Pero cinco minutos después, añadía:

—¿Quién sabe, sin embargo?... más tarde ¿por qué no?

Su sueño, como sus ojos, se perdían en vagos horizontes.

—Era inocente, una aldeana, casi una salvaje. ¡Pero tan buena!

A medida que adelantaba hacia Nogent, se aproximaba á ella. Cuando atravesó las paredes de Sourdun, la vió bajo los álamos como en otro tiempo, cortando juncos á orillas del agua; llegaron y bajó. Apoyóse de codos para volver á ver la isla y el jardín en que se habían paseado un día de sol; y el aturdimiento del viaje y del aire libre, la debilidad de sus recientes emociones, le causaba una especie de exaltación y se dijo:

—Quizás haya salido. ¡Si fuera á su encuentro!

La campana de Saint-Laurent sonaba; y en

la plaza, delante de la iglesia, había grupos de pobres y una calesa, la única del país (la que servía para las bodas). De repente, bajo el pórtico, en una oleada de burgueses de corbata blanca, aparecieron dos recién casados.

Creyó en una alucinación; pero no; era ella, Luisa, cubierta del velo blanco que caía de sus cabellos rojos hasta los talones; y él era Dés-lauriers, con casaca azul bordada de plata, traje de gobernador. ¿Por qué no?

Federico se ocultó en el ángulo de una casa para dejar pasar el cortejo. Avergonzado, vencido, aplastado, se volvió al ferrocarril y entró de nuevo en París.

El cochero de alquiler le aseguró que se habían levantado barricadas desde el Chateau-d'Eau hasta el Gimnasio, y tomó por el barrio San Martín. En la esquina de la calle de Provence, Federico echó pie á tierra para ir á los bulevares.

Eran las cinco y caía una menuda lluvia; los burgueses ocupaban la acera del lado de la Opera; las casas de enfrente estaban cerradas; nadie en las ventanas. Por toda la anchura del bulevar, galopaban los dragones, inclinados sobre sus caballos y el sable desenvainado; viéndose á la luz de los faroles de gas, las crines de sus cascos y sus grandes capas blancas, retorcidas y movidas por el viento en sus espaldas. La

muchedumbre los contemplaba en la bruma, muda, aterrada.

Entre las cargas de caballería, surgían escuadras de policías, para obligar á la gente á que se marcharan por las calles.

Sobre las escaleras de Tortoní, un hombre, Dussardier, notable desde lejos por su alta estatura, permanecía quieto como una cariátide. Uno de los agentes que iba á la cabeza, con un tricornio sobre los ojos, le amenazó con su sable. El otro entonces, adelantando un paso, se puso á gritar:

—¡Viva la República!

Cayó de espaldas y con los brazos en cruz. Un ahullido de horror se escuchó en la muchedumbre; el agente se abrió un círculo á su alrededor con la vista, y Federico, atónito, reconoció á Sénecal.

